

SÁBADO DE LA XVI SEMANA ORDINARIA

Jer 7, 1-11

De nuevo escuchamos una voz profética clamando contra el formalismo del culto. Podemos imaginarnos el escándalo de la gente piadosa y de los dirigentes religiosos del pueblo, cuando Jeremías dijo lo que hoy oímos.

Las denuncias del profeta pueden tener una actualidad muy real. También nosotros podemos tener una falsa seguridad en nuestros actos culturales, en nuestras prácticas religiosas, en nuestras devociones. Todo esto, claro está, es bueno en sí pero además tiene que ser, por una parte, expresión de una realidad más íntima y vital, y por otra, tiene que ser punto de proyección de un modo concreto de vivir.

La fe en Cristo Señor no es simplemente un asentimiento a un conjunto de verdades. La celebración de esa fe, principalmente en la liturgia, no es meramente un boato ceremonial, un cumplimiento de unas leyes o de unas costumbres. La liturgia ha sido llamada por el Concilio Vaticano II **"manantial", "cumbre"**. ¿De qué son manantial nuestras celebraciones? ¿De qué son cumbre? Hay que sacar consecuencias.

Mt 13, 24-30

La parábola que hemos escuchado y cuya explicación, dada por el mismo Jesús, oiremos el martes próximo, nos pone ante un problema muy desconcertante: *el problema del mal*; en este caso, de los malos. ¿Por qué hay gente mala? ¿Por qué lo permite Dios? ¿Por qué parece no haber justicia? Tal vez esta parábola también nos ponga ante el problema del mal muy cerca de nosotros, en nuestra familia o dentro de nosotros mismos y podríamos hacernos la pregunta que los criados hicieron al dueño del campo: **"¿Qué, no sembraste buena semilla? ¿De dónde, pues, salió esta cizaña?"** Y tal vez quisiéramos actuar intolerantemente, sin la bondad, paciencia y la misericordia del Señor.

La bondad de Dios nos tiene que hacer comprensivos hacia los demás. Dios ama a todos, espera pacientemente y da todas las oportunidades de que el malo se convierta. Pero al final se harán las cuentas, vendrá la cosecha y una vez pasado el peligro de dañar lo bueno por arrancar lo malo, se hará la distinción. La paciencia que debemos tener ante el mal no quiere decir contemporalización, sino quiere decir misericordia con los demás, con nosotros mismos.

Que la palabra nos ilumine y el sacramento nos vivifique.